AGÁPĒ EN EL EVANGELIO DE JUAN

[THE TERM AGAPE IN THE GOSPEL OF SAINT JOHN]

LUIS SÁNCHEZ NAVARRO

Resumen: La frecuencia e importancia del tema del amor en Juan hace de este evangelio un testimonio principal sobre esta cuestión. El amor de Cristo aparece como clave de interpretación de su misterio (13,1); en él se revela el amor del Padre (3,16). El amor humano de Jesús se presenta por tanto como camino para los hombres (cfr. 14,6). Dos casos particulares, Lázaro y el «discípulo amado», ponen de relieve la naturaleza concreta y personal de ese amor. La respuesta de los discípulos sólo puede ser amar a Jesús con obras, y amarse mutuamente con su mismo amor (cfr. 13,35; 15,13). A ello pretende moverlos la entera narración evangélica.

Palabras clave: Agápē, Juan, Discipulado.

Abstract: The frequency and importance of the theme of love in St. John makes his Gospel an important testimony on this matter. The love of Christ appears as a key to the interpretation of this mystery (13:1): in Him the love of the Father is revealed (3:16). The human love of Jesus is offered as a path for humankind (cfr. 14:6). There are two particular cases in which this love is seen, the miracle of Lazarus and the story of the «disciple Jesus loved», which illustrate the concrete and personal nature of this love. The response of the disciples can only be to love Jesus with deeds, and to love each other mutually with this same love (cfr. 13:35; 15:13). The entire Gospel passage tries to move us to this love.

Keywords: Agape, St. John, Discipleship.

Pese a su aparente sencillez lingüística y formal, el 4^a Evangelio abre a los ojos del creyente, hoy como ayer, una riqueza inagotable; entre sus enseñanzas sobresale la instrucción acerca del *agápē*, la caridad. La reciente encíclica de Benedicto XVI *Deus caritas est* atestigua la importancia de los escritos joánicos en relación con esta temática; de la primera carta de Juan procede, en efecto, el título de este documento (1 Jn 4,16). En estos libros bíblicos hallamos una po-

derosa instrucción acerca del amor, capaz de iluminar las mentes y mover los corazones hacia la caridad de Dios revelada en Cristo. En las páginas que siguen vamos a mostrar sus aspectos fundamentales tal como aparecen testimoniados en el 4º Evangelio; aunque presenta una profunda sintonía con las cartas de Juan, su carácter narrativo lo diferencia de ellas, lo cual permite un tratamiento específico.

La familia léxica de *agápē* aparece 44 veces en el Evangelio de Juan: el verbo *agapáo* «amar», 37; y el sustantivo *agápē* «amor, caridad», 7 veces. Su sola frecuencia distingue a este Evangelio de los sinópticos¹; la caridad figura por tanto entre aquellos conceptos que dan una tonalidad particular a Jn, y que están ligados al núcleo de su mensaje². Frente a ellos, el *agápē* presenta la peculiaridad de sintetizar la obra entera de Jesús, el Verbo hecho carne; este es el primer aspecto que deseamos mostrar.

1. UN EVANGELIO CENTRADO EN EL *AGÁPE*

La estructura del 4º Evangelio es una cuestión compleja; pero pese a las diversas propuestas, hay un dato ya adquirido: con el capítulo 13 se realiza la transición de la vida pública de Jesús a su pasión. Pues bien, en el solemne comienzo de lo que consideramos representa la tercera parte del Evangelio de Juan (Jn 13-21)³ leemos: «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora para pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). La importancia de este versículo en lo referente al *agápē* es doble. En primer lugar, porque sintetiza la entera obra de Jesús en torno a este concepto: «habiendo amado» (*agapésas*) presenta la vida pública de Jesús (Jn 1-12) como una obra de amor por sus discípulos; y «los amó [*ēgápēsen*] hasta el extremo» introduce la narración sucesiva —la pasión de Jesús— como la cumbre de ese mismo amor. En segundo lugar, por su función estructural dentro de esta última parte. La expresión «hasta el extremo» (*eis télos*) apunta a la muerte de Jesús en la cruz; en este momento aparece dos veces el verbo *teléō* (cumplir) y una el verbo *teleiōō* (consagrar), que derivan ambos de *télos*: «Después de esto, sabiendo Jesús que

1. Mt: *agapáo* 8, *agápē* 1, *agapētós* 3; Mc: *agapáo* 5, *agapētós* 3; Lc: *agapáo* 13, *agápē* 1, *agapētós* 2. En total contamos, por tanto, 36 apariciones en los sinópticos.

2. Fe, 100 veces; mundo, 78; conocer, 57; vida, 53; verdad, 48; testimonio, 47; gloria, 43; juicio, 30; luz, 24.

3. L. SÁNCHEZ NAVARRO, «Estructura testimonial del Evangelio de Juan», *Bib* 86 (2005), 511-528, 521-524.

ya todo estaba cumplido [*tetélestai*], para que se cumpliera [*teleiōthē*] la Escritura, dice: “Tengo sed”. Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: “Todo está cumplido” [*tetélestai*]. E inclinando la cabeza entregó el espíritu» (19,28-30)⁴. La entrega que Jesús se propone realizar, y que supone la culminación de su obra y el pleno cumplimiento de la Escritura (19,28), se sintetiza en 13,1 con el verbo *agapáo*. El amor que caracteriza la vida y obra de Jesús hallará su suprema manifestación en la cruz.

Ante este dato literario con profunda implicación teológica, no nos sorprende que toda la misión de Jesús aparezca especialmente ligada a la caridad⁵. Con una característica: en Jesús se revela el *agápē* del Padre.

2. CRISTO, REVELACIÓN DEL AGÁPĒ DEL PADRE

El *agápē* hace su primera aparición tras el diálogo de Jesús con Nicodemo: «Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (3,16). En el prólogo leíamos: «Y el Verbo se hizo carne» (1,14): la iniciativa correspondía a Jesús. Ahora comprendemos que esa iniciativa no es absoluta: la encarnación del Hijo es entrega, don, del Padre. Y este don es consecuencia de su amor al mundo. El misterio de Cristo manifiesta la caridad del Padre, que desea salvar a todos los hombres. El mundo que no lo ama (3,19) es objeto de la solicitud amorosa de Dios: un amor condescendiente y generoso más allá de toda expresión⁶. El efecto de este amor es la posibilidad de alcanzar «vida eterna», es decir, de participar en la vida misma de Dios; tenemos en definitiva una reciprocidad de amor, posibilitada por la iniciativa del Padre. La respuesta que se requiere es la fe. «Con toda justicia, pues, se considera a este versículo como el resumen del Evangelio de san Juan, y el verbo *agapân* como la palabra clave de toda la Revelación, es decir del misterio de Dios, de la cristología y de la soteriología»⁷.

4. Cfr. C. SPICQ, *AGAPE en el Nuevo Testamento*, Madrid 1977, 1044.

5. «Nella duplice veste di compendio e di introduzione alla Passione, [in Gv 13,1] la notazione del sentimento di Gesù traduce il cuore della rivelazione giovannea. Come i riferimenti temporali suggeriscono, esse travalica però il momento in cui si presenta, e va considerata una chiave di interpretazione permanente dell'intero vangelo»: A. MIRANDA, «I sentimenti di Gesù. I verba affectuum dei Vangeli nel loro contesto lessicale», *CSB* 49, Bologna 2006, 64.

6. A. FEUILLET, *Le mystère de l'amour divin dans la théologie johannique*, EB, Paris 1972, 32.

7. C. SPICQ, *Agape*, 1028.

Lo propio del Hijo es dar a conocer al Padre; esto, que es válido para la filiación humana, lo es también para la del Verbo encarnado: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (14,9). El rostro de Cristo es el rostro mismo del Padre. La comunión entre Padre e Hijo representa uno de los temas recurrentes en este Evangelio: «Yo y el Padre somos una sola cosa» (10,30). Esta íntima comunión se manifiesta en las palabras y obras del Hijo: «El Hijo no puede hacer nada por sí mismo si no ve hacerlo al Padre; lo que él hace, esto hace también igualmente el Hijo» (5,19); «De manera que lo que yo digo, tal y como me ha dicho el Padre, así lo digo» (12,50b). Por ello, el amor del Hijo es la revelación suprema de la caridad del Padre. En el corazón humano del Hijo se descubre, se revela, el corazón del Padre.

3. EL AGAPĒ HUMANO DE CRISTO

«Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros»: estas palabras del prólogo (1,14) sintetizan el misterio que testimonia el Evangelio de Juan. El Verbo que «en el principio existía orientado hacia Dios» y «era Dios» (1,1) se hizo *sarx*, asumió íntegramente una humanidad como la nuestra. «Amó con corazón de hombre»⁸. Y así dio a conocer al Padre, al que «nadie ha visto jamás» (1,18). El amor humano de Jesús, que manifiesta el inmenso amor del Padre, se presenta por tanto como camino para los hombres (cfr. 14,6), que en él descubrimos un modelo que imitar, un Maestro a quien seguir. Pero en la raíz de ese amor que Jesús da está el amor que recibe.

3.1. *El amor del Padre a Jesús*

El Padre ama a su Hijo; lo que los Evangelios sinópticos manifiestan sobre todo en el bautismo y la transfiguración de Jesús⁹, Juan lo afirma en diversas ocasiones a lo largo de todo su Evangelio¹⁰. Este amor se remonta a la pre-existencia del Hijo: el Verbo divino que en el principio estaba orientado hacia Dios (1,1) es amado por el Padre desde toda la eternidad¹¹. El amor pertenece

8. GS 22. En Jn 8,40 Jesús se denomina a sí mismo «hombre», *ánthrōpos*.

9. «Éste es mi Hijo amado» (*agapētós*): Mt 3,17 || Mc 1,11 || Lc 3,22; Mt 17,5 || Mc 9,7.

10. Jn 3,35; 10,17; 15,9.

11. «... porque me amaste antes de la creación del mundo»: Jn 17,24. «Este amor trasciende tanto la historia como la creación»: H. SCHLIER, «Die Bruderliebe nach dem Evangelium und den Briefen des Johannes», en A. DESCAMPS y A. DE HALLEUX (eds.), *Mélanges bibliques en hommage au R.P. Bédé Rigaux*, Gembloux 1970, 235-245, 236.

por tanto al núcleo del misterio de Jesús y aparece en el origen de su misión. Al final del capítulo 3 se afirma el amor del Padre por el Hijo, que se traduce en el don total: «El Padre ama al Hijo y todo le ha dado en su mano» (3,35); lo que ya los sinópticos afirman¹², Juan lo interpreta en clave de amor. El *agápē* divino aparece así como una generosidad y comunión sin límites. A lo largo del Evangelio se detalla lo que el Padre ha «dado» a su Hijo: el juicio (5,22), la vida (5,26), los discípulos (6,37-39; 17,24), el mandamiento de hablar (12,49), el Nombre divino (17,11), la gloria (17,24); «todo» (13,3). Los dones del Padre al Hijo manifiestan el don fundamental, el *agápē*. Más adelante dice el evangelista: «Porque el Padre ama [*philēō*] al Hijo y le muestra todo lo que él hace» (5,20). Jesús nunca obra por su cuenta (5,19), sino que en su obrar ante los hombres se manifiesta el obrar del Padre celestial; la total intimidad de que goza Jesús con su Padre, origen de su misión reveladora, se explica una vez más en clave de amor.

En el capítulo 10 se amplía este dato fundamental: el Padre ama a su Hijo porque entrega su vida para volver a recuperarla (10,17). Jesús realiza en su vida la definición del amor que él formulará más tarde: «Nadie tiene amor más grande que el de dar la vida por sus amigos» (15,13). Quien habla en 10,17 es el buen Pastor (10,14-15); lo propio de este pastor es el *agápē* que entrega libremente su vida por las ovejas (10,18). El Padre, que le ha dado todo, le ama porque él a su vez lo da todo. La respuesta del Hijo es, a su vez, el *agápē*.

3.2. *El amor de Jesús al Padre*

El amor de Jesús al Padre, sobriamente expresado en este Evangelio, es el motor de su vida terrena. Se entrega a la muerte, no porque el Príncipe de este mundo tenga algún poder sobre él, sino «para que el mundo comprenda que amo al Padre, y que tal como me mandó el Padre, así hago» (14,31). Esta caridad se realiza en la obediencia; el Hijo ama porque obedece: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (15,10)¹³. La muerte de Jesús —obediencia radical— representa por tanto el supremo testimonio de su amor obediente al Padre. «El *agape* de Jesús es esencialmente una unión de voluntades... Su obediencia es la medida de su amor: un amor absoluto, total»¹⁴. A diferencia de los sinópticos, en Juan no aparece el *Shemá* en labios de Jesús como

12. Cfr. Mt 11,27 || Lc 10,22: «Todo me ha sido entregado por mi Padre».

13. «Su obediencia es la forma de su amor al Padre»: H. SCHLIER, *Bruderliebe*, 238.

14. C. SPICQ, *Agape*, 1119-1120.

mandamiento principal¹⁵. Pero no hace falta, porque su vida misma es el más alto ejemplo de obediencia a esta ley fundamental de Israel. En la tradición neotestamentaria el *Shemá* está ligado a su vez al amor al prójimo (Lv 19,18); el Evangelio de Juan manifiesta este nexo cuando Jesús une necesariamente el amor al Padre con el amor a sus discípulos¹⁶.

3.3. *El amor de Jesús a los suyos*

Ya hemos indicado cómo el evangelista resume toda la vida pública de Jesús en una constante manifestación de amor a «los suyos que estaban en el mundo» (13,1). La llamada de los primeros discípulos (Jn 1) ya fue un acto de amor hacia ellos; los siete signos que Jesús realizó en su presencia, con los que les manifestó su gloria y sembró en ellos la fe (cfr. 2,11), son otras tantas manifestaciones de ese amor. Y qué decir de las enseñanzas contenidas en sus discursos y controversias: las palabras de Jesús han permitido a los suyos percibir la hondura del misterio de su Maestro. Al amarlos a ellos, les ha revelado el amor del Padre: «Como el Padre me amó, también yo os he amado; permaneced en mi amor» (15,9). También su pasión se explica en clave de amor a sus discípulos: «Los amó hasta el extremo» (13,1). El Evangelio de Juan nos presenta a Jesús como el Hijo eterno cuyo máximo deseo es, según la voluntad de su Padre, amar a los hombres, a «los suyos», es decir, a quienes creen en él.

A éstos los eleva al rango de amigos: «Nadie tiene amor más grande que el de dar la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe qué hace su señor; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (15,13-15). Para ser amigo de Jesús hay que obedecerle: la relación de amistad no elimina la preeminencia del Maestro. «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (14,15). Pero esta obediencia es posible y fácil, porque él mismo ha elevado a sus discípulos a un rango semejante a sí. Les ha

15. Dt 6,5: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza». Cfr. Mt 22,37 || Mc 12,30 || Lc 10,27. Este mandamiento fundamental del AT está, con todo, en el trasfondo de Jn 5,41-44 y 8,41-42: J. BEUTLER, «Das Hauptgebot im Johannevangelium», en J. BEUTLER (ed.), *Studien zu den johanneischen Schriften*, SBAB 25, Stuttgart 1998, 107-120, 120.

16. «I due amori sono strettamente uniti e Gesù non può amare il Padre senza coloro che il Padre gli ha dato (cfr. 6,37; 10,29), così come non può amare gli uomini senza essere in intima sintonia con il Padre, perché l'amore che ha per loro è la rivelazione vivente dell'amore del Padre per il mondo»: M. ORSATTI, *Sinfonia dell'amore. Introduzione alla Prima Lettera di Giovanni*, Roma 1999, 176.

manifestado su interioridad, no les ha ocultado nada, y por tanto los ha introducido en su misterio.

La profunda vivencia de amistad con sus discípulos se puede comprobar en dos casos, distintos y complementarios, que este Evangelio —el único— nos testimonia.

4. DOS CASOS PARTICULARES

Normalmente Jesús habla de su amor a los discípulos en su conjunto, sin hacer acepciones de persona. El amor de Jesús no conoce particularidades excluyentes. Hay sin embargo dos casos que merece la pena reseñar. Hay dos hombres a quienes Juan testimonia que Jesús amaba de una forma especial.

4.1. *Lázaro, amigo de Jesús*

El primero de ellos es Lázaro, protagonista del último signo de Jesús (Jn 11). Es un personaje conocido sólo gracias a este Evangelio, y cuya presencia se reduce a los dos capítulos centrales (Jn 11-12)¹⁷. Su importancia narrativa es grande; pese a ser un personaje pasivo (no habla ni toma iniciativa alguna), su resurrección será la gota que colme el vaso de la paciencia de los dirigentes del pueblo, y les moverá a condenar a Jesús (11,47-53)¹⁸.

Lázaro es presentado como amigo de Jesús. Cuando sus hermanas le mandan recado de su enfermedad, le dicen: «Señor, mira que el que quieres [*philēō*] está enfermo» (11,3). Lo identifican por la amistad que Jesús le profesa. Esa amistad no es excluyente; esto queda claro desde un doble punto de vista. Desde la perspectiva de los beneficiarios de esa amistad, pues inmediatamente señala el narrador: «Amaba [*agapáō*] Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro» (11,5). Y desde la perspectiva del sujeto de ese amor, ya que poco más adelante Jesús, en diálogo con sus discípulos, se refiere a él como «nuestro amigo [*phílos*]» (11,11). Pero esto no empaña el hondo cariño que Jesús siente hacia este amigo; cuando es llevado ante su sepulcro y se le saltan las lágrimas, los presentes dirán: «Mira cómo lo quería [*philēō*]» (11,36). La mayor frecuencia de *philēō* en la relación de Jesús con Lázaro manifiesta que se trata de un amor

17. Jn 11,1.2.5.11.14.43; 12,1.2.9.10.17. Sobre la función de estos dos capítulos en el Evangelio, ver L. SÁNCHEZ NAVARRO, *Estructura testimonial*, 524-527.

18. También a Lázaro: Jn 12,10-11.

de amistad, caracterizado por el profundo afecto que esta amistad supone y realiza¹⁹. Pero este amor no se opone al *agápē*, sino que es más bien una modalidad suya; lo revela el hecho de que en 11,5 se use *agapáō* para describir la relación de Jesús con los tres hermanos²⁰.

El amor de Jesús por Lázaro y por sus hermanas era hondo e intenso, tal como manifiesta el vocabulario empleado en el momento más dramático del episodio, la escena junto al sepulcro del amigo. Al ver llorando a María y a los judíos que habían acudido a dar el pésame a las hermanas, Jesús «se alteró profundamente en su espíritu y se turbó» (11,33); poco más adelante «se le saltaron las lágrimas» (11,35). Luego, por segunda vez «se alteró profundamente dentro de sí» (11,38)²¹. La amistad afecta a Jesús en su interior, como manifiesta su comportamiento ante la muerte del amigo. El *agápē* de Jesús hacia sus amigos es un amor apasionado.

4.2. *El discípulo amado, icono del discípulo*

El evangelista habla en cinco ocasiones de un discípulo de Jesús, anónimo, «a quien Jesús amaba»²²; cuatro veces usa *agapáō* (13,23; 19,26; 21,7; 21,20) y una *philéō* (20,2). La importancia de este personaje es grande, ya que es el autor del Evangelio (21,24); su presencia se extiende a los nueve últimos

19. Cfr. 15,15: «A vosotros os he llamado amigos [*philos*], porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer».

20. *Philéō* no se opone en Jn a *agapáō*; si nos fijamos en los sustantivos correspondientes, comprobamos que en este Evangelio aparece sólo *agápē*, y no *philia* (que sólo hallamos una vez en el NT: St 4,4). La mayor parte de las veces es difícil distinguir el contenido semántico de ambos verbos. A la luz de su referencia a *philos* «amigo» (cfr. Jn 11) entendemos que *agapáō*, el más frecuente, es el verbo principal del campo semántico; mientras que *philéō* es una variante cuyo rasgo semántico propio es el «amor de amistad». Pero también *agapáō* —como término no-marcado— puede expresar este amor.

21. Los verbos son particularmente expresivos. «Alterarse profundamente» (gr. *em-brimáomai*): propiamente significa el bufar del caballo, y en otros pasajes del NT indica un movimiento intenso de indignación (14,5) o severidad (Mt 9,30; Mc 1,43). «Turbarse» (gr. *tarássō*): el mismo verbo que describe la reacción de los discípulos al ver a Jesús caminando sobre el mar (Mt 14,26 || Mc 6,50); en el capítulo siguiente, ya en la inminencia de la pasión, Jesús se lo aplica a sí mismo: «Ahora mi alma está turbada» (Jn 12,27). Por último se predica de Jesús el verbo *dakrýō*, cuyo sentido propio no es «llorar» (o «romper a llorar», como se deduciría del aoristo), sino «saltársele a uno las lágrimas», en silencio; se opone a *klaiō* «llorar con lamentos»: F. ZORELL, *Lexicon Graecum Novi Testamenti*, Roma 1999. De hecho lat. *lacryma* es un préstamo griego, procede de *dákryma*, que a su vez deriva de *dakrýō*.

22. Por economía expresiva hablamos de «el discípulo amado», si bien Juan siempre dice «el discípulo que amaba Jesús».

capítulos. La expresión denota una especial intensidad en el amor que une a Jesús con este discípulo; sin que esto permita menospreciar el amor de Jesús por los demás, que es ya de por sí insuperable («como el Padre me ha amado, así os he amado yo»: 15,9), es muy significativo. Queda en el misterio el motivo de este singular amor de predilección; pero un breve recorrido por los cinco pasajes en que aparece nos puede dar algún indicio al respecto.

El discípulo amado hace su aparición en la última cena; cuando Jesús anuncia la traición de uno de los suyos, Pedro recurre a este condiscípulo para obtener datos más concretos. Se nos dice que «estaba recostado... en el seno [*en tō kólpon*] de Jesús» (13,23); postura sorprendente, que indica una peculiar intimidad²³. Se trata de una intimidad semejante a la relación filial; esto nos lo revela la comparación con Jn 1,18, donde se aplica a Jesús una expresión prácticamente idéntica: «El Dios unigénito, el que está [orientado] hacia el seno [*eis tòn kólpon*] del Padre...»²⁴. Poco más adelante Jesús dirá «hijitos» a sus discípulos (13,33)²⁵. Por segunda vez se menciona al discípulo amado al pie de la cruz: allí recibe de Jesús a su madre (19,26)²⁶; se trata ahora por tanto de una intimidad fraterna²⁷. En ambos momentos recibe las confidencias de Jesús. El gesto que hace este discípulo tras recibir el encargo de Pedro en la cena («recostarse sobre el pecho de Jesús»: 13,25; cfr. 21,20) confirma esta profunda intimidad²⁸.

Las otras tres veces en que aparece el discípulo amado iluminan también esta relación. Será el primero en llegar al sepulcro (20,4); el primero en reconocer al Señor en el lago (21,7); aquel que hasta el final lo sigue de forma señalada (21,20). Aparece por tanto en especial sintonía interior con el Maestro; es un auténtico «amigo» de Jesús, como confirma el uso de *φιλέω* en 20,2 —la única vez que se refiere este verbo al discípulo amado—.

23. «Es su confidente particular, al que Jesús se abre más que a todos los otros; y por ello está llamado y capacitado como ningún otro para brindar la revelación de Jesús»: R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan III*, Barcelona 1980, 56.

24. Cfr. Nm 11,12: «¿Acaso he sido yo el que ha concebido a todo este pueblo y lo ha dado a luz, para que me digas: “Llévalo en tu regazo [*eis tòn kólpon sou*], como lleva la nodriza al niño de pecho, hasta la tierra que prometí con juramento a sus padres?”». En el libro de Rut, Noemí adopta al hijo de su nuera poniendo al recién nacido «en su seno» (*eis tòn kólpon autês*: Rut 4,16).

25. El *agápē* tiene una connotación de predilección filial en Gn 37,3: «Israel amaba [*agapáō*] a José entre todos sus hijos, porque era para él el hijo de su ancianidad». Cfr. también 2 Sm 13,21: «Cuando el rey David supo todas estas cosas se irritó en extremo, pero no quiso castigar a su hijo Amnón, al que amaba [*agapáō*] porque era su primogénito».

26. Algunos autores lo identifican con el «otro discípulo» que acompañaba a Pedro durante la pasión (18,15-16) e incluso con el discípulo anónimo de Juan que siguió a Jesús junto con Andrés (1,35-40). Ver L. SÁNCHEZ NAVARRO, *Estructura testimonial*, 523.

27. El Resucitado dirá a María Magdalena: «Ve a mis hermanos y diles...» (20,17).

28. En Ex 28,29-30 la palabra *stêthos* «pecho» traduce heb. *leb* «corazón».

La figura de este discípulo está cargada de misterio; pero su anonimato en el fondo no es tal: el evangelista lo llama por su nuevo nombre, aquel que expresa su ser más profundo²⁹. Las hipótesis más solventes —y también acordes con la tradición— lo identifican con Juan el hijo de Zebedeo³⁰. Pero más allá de su identidad personal, en este Evangelio adquiere un significado simbólico. Todo discípulo de Jesús es un discípulo amado, porque la llamada al seguimiento brota del amor³¹; todo discípulo está por ello llamado a la intimidad con el Maestro. De manera que este personaje aparece al lector como un icono del discípulo, aquel con el que todo cristiano está llamado a identificarse. Es conocida la sentencia de Orígenes:

Hay que atreverse a decir que la primicia de todas las Escrituras son los Evangelios, pero que la primicia de los evangelios es el de Juan, cuyo sentido nadie puede captar si no ha reposado sobre el pecho de Jesús y si no ha recibido de Jesús a María convertida también en madre suya³².

5. LA RESPUESTA: EL AMOR DEL DISCÍPULO

Hasta ahora nos hemos ocupado del amor de Jesús: amor al Padre, amor a sus discípulos, amor a Lázaro y al discípulo amado. El *agápē* pertenece al núcleo de su misión y al centro de su vida. Por eso, a sus discípulos no les mandará sino amar: «Permaneced en mi amor» (15,9). El amor de Jesús recibido por sus discípulos contiene en sí mismo una llamada a perseverar y crecer en él. Si esta llamada no se acoge consecuentemente, entonces el amor de Jesús ya no puede permanecer en ellos³³. Pero cuando se acoge, el amor del discípulo se despliega en una doble dirección simultánea: amor a Jesús, amor a los hermanos.

29. Lo mismo sucede con el otro gran personaje anónimo del 4º Evangelio. A María no se la llama con su nombre humano porque su verdadero nombre es «la madre de Jesús» (2,1.3; 19,25), de forma semejante a como, en el Evangelio de Lucas, el ángel la llama «llena de gracia» (Lc 1,38).

30. D. MUÑOZ LEÓN, «¿Es el Apóstol Juan el Discípulo Amado?», *EstBib* 45 (1987), 403-492; M. RESE, «Das Selbstzeugnis des Johannesevangeliums über seinen Verfasser», *ETL* 72 (1996), 75-111; J.A. CABALLERO, «El discípulo amado en el Evangelio de Juan», *EstBib* 60 (2002), 311-336; H. CAZELLES, «Johannes. Ein Sohn des Zebedäus, „Priester“ und Apostel», *Communio* 31 (2002), 479-484.

31. Cfr. Mc 10,21: «Jesús, fijando en él su mirada, *le amó* y le dijo: “Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo... y luego, ven y sígueme”».

32. *In Ioh.* I, 23; SC 120, p. 70.

33. «Pero si alguno que posee bienes de este mundo, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?: 1 Jn 3,17. Cfr. 1 Jn 4,12.

5.1. *Amor a Jesús*

Hemos podido comprobar que, según el Evangelio de Juan, la vocación última del discípulo consiste en amar a Jesús (cfr. 15,9). Este amor se traduce en obediencia: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (14,15); lo mismo repite en 14,21³⁴. El amor que Jesús pide a los suyos no consiste en palabras o intenciones, sino en obras; no es posible amarlo de otra manera, hasta el punto de que «el que no me ama no guarda mis palabras» (14,24). Hay que indicar, por otra parte, que el amor a Jesús no se limita a él: al amarlo el discípulo ama al Padre («yo estoy en el Padre y el Padre está en mí»: 14,10-11); por eso el Padre lo amará y morará en él (14,21.23). Por otra parte, el amor del discípulo a Jesús es inseparable de su fe en él; ya al final de su discurso afirma, usando por dos veces el verbo *philéō*: «Pues el Padre mismo os quiere, porque vosotros me habéis querido y habéis creído que yo salí de Dios» (16,27). Las obras y la fe están unidas³⁵.

El amor del discípulo a Jesús aparece también como el fundamento de la misión. Cuando encomienda a Pedro el cuidado de su rebaño, no le pregunta «¿Los amas?», sino «¿Me amas?» (21,15-17). La triple pregunta lleva a una triple confesión de amor («tú sabes que te quiero»), y sólo entonces le encarga Jesús la tarea de pastorear y apacentar a su rebaño³⁶. El amor a Jesús es por lo tanto condición necesaria para el ejercicio del ministerio pastoral, forma excelsa del amor al prójimo, y está en su mismo origen³⁷.

5.2. «Como yo os he amado»: el horizonte de una tarea

El discípulo está llamado a dejar que el *agápē* de su Maestro impregne todo su mundo de relaciones. El amor de Jesús, don absoluto, se convierte en mandamiento para sus discípulos. La gran catequesis de Jesús sobre la caridad tiene lugar durante la última cena³⁸; en el contexto por tanto de la entrega de

34. En el Antiguo Testamento al israelita se le pide que ame a Yahvé y guarde sus mandamientos: Dt 7,9; 30,16; Jos 22,5; Ne 1,5. En el Evangelio de Juan, Jesús ocupa el lugar de Yahvé.

35. «In alcuni contesti l'amore diventa sinonimo di *fede* (cfr. 16,27) e la prova di amore consiste nella fedeltà ad osservare il suo comandamento e la sua parola (cfr. 14,21; 1Gv 2,3)»: M. ORSATTI, *Sinfonia dell'amore*, 176.

36. «El *agape* es la virtud propia de este pastor, como lo era la del "Buen Pastor"»: C. SPICQ, *Agape*, 1164.

37. «Es imposible unir más íntimamente el amor a Cristo, caridad al prójimo y la misma caridad de Cristo a sus discípulos»: C. SPICQ, *Agape*, 1163.

38. Respecto del *agápē* existe una notable desproporción entre los doce primeros capítulos del Evangelio y los nueve restantes: en éstos es mucho más abundante (Jn 1-12: 11 veces; Jn 13-21: 45 veces). La mayor frecuencia se da en los capítulos 13-17 (33 veces).

su vida. En su centro leemos: «Nadie tiene *agápē* más grande que el de dar la vida por sus amigos» (15,13).

«Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros; que, como yo os he amado, os améis también unos a otros» (13,34). Más adelante Jesús habla de «sus mandamientos» (ver 14,15.21; 15,10; cfr. 1 Jn 2,3); pero ahora habla de un «mandamiento nuevo» (*entolē kainē*) que los sintetiza³⁹. La novedad consiste en amarse mutuamente «como yo os he amado»: antes de la convivencia de Jesús con sus discípulos no se podría haber enunciado. Con anterioridad el evangelista se ha referido al amor que Jesús había mostrado a los suyos (13,1); ahora este amor es puesto como el criterio que ha de inspirar las relaciones entre sus discípulos. Hasta tal punto es necesario el amor mutuo, que será su sello identificador: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos, si tenéis amor unos a otros» (13,35)⁴⁰. Los discípulos de Jesús se han de distinguir porque se aman unos a otros con un amor semejante al que Jesús les ha mostrado. Así prolongan en la historia el amor de su Maestro y realizan de modo incipiente la transformación de la humanidad⁴¹; para ello ha fundado Jesús su Iglesia⁴². En el contexto del canon bíblico, en fin, hay que referir este «mandamiento nuevo» a la «alianza nueva» prometida por Dios en la profecía de Jeremías (Jr 31,31-34)⁴³. La ley que Dios escribe en los corazones es el *agápē*⁴⁴.

Poco más adelante Jesús vuelve sobre la cuestión. Tras la alegoría de la vid y los sarmientos (15,1-8) hace una apremiante exhortación a permanecer en su amor (15,9), y continúa: «Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros

39. «Exactement comme Mt 7,12; Ga 5,14; Rm 13,8.10 résumant toute la loi et les prophètes en un seul commandement, celui de l'amour au prochain»: S. LYONNET, *Amour du prochain, amour de Dieu, obéissance aux commandements*, Rome 1974, 8.

40. También en los Sinópticos el amor representa la cumbre de la enseñanza de Jesús (Mt 5,43-48; 22,34-40 || Mc 12,28-34 || Lc 10,25-28). Pero en Juan la insistencia es si cabe mayor. «Pour saint Jean, quiconque a reçu la révélation de l'*agapē*, quiconque a compris tout ce que le sacrifice du Christ en notre faveur suppose d'amour, et qui a personnellement bénéficié de cette insigne générosité, celui-là est absolument contraint de se montrer semblablement aimant envers ses frères. C'est en ce sens que "le disciple aimé" a compris l'inspiration et la force d'obligation du commandement nouveau (Jo., XIII, 35)»: C. SPICQ, «Notes d'exégèse johannique: La charité est amour manifeste», *RB* 65 (1958), 358-370, 370.

41. Cfr. A. FEUILLET, *Le mystère de l'amour divin*, 109.

42. C. SPICQ, *Agape*, 1086. «Grâce à l'amour fraternel qui unit ses membres entre eux, l'Église devient le miroir du Fils comme le Fils est le miroir du Père»: A. FEUILLET, *Le mystère de l'amour divin*, 111.

43. S. LYONNET, *Amour*, 6.

44. Cfr. Lc 22,20; 1 Cor 11,25; 2 Cor 3,6; Hb 8,8; 9,15. «Su *entolē* del amor es tan constitutivo de la Iglesia como la Eucaristía, la *diathēkē* de su sangre (...) La una fue prescrita, la otra instituida en el curso de una comida de despedida; las dos serán un testimonio perpetuo ofrecido al amor de Dios por el mundo, en Cristo»: C. SPICQ, *Agape*, 1089-90.

como yo os he amado» (15,12). En el v. 17 repite, abreviada, la exhortación, con lo que crea una inclusión que abarca los seis versículos. Jesús habla ahora de «mi mandamiento»: antes lo definía por su novedad, ahora por su relación intrínseca consigo. Ambas formulaciones se explican mutuamente: es nuevo porque es suyo. En el v. 13 Jesús describe este amor supremo: entregar la vida por sus amigos, es decir, por aquellos que cumplen sus mandatos (v. 14) y reciben sus confidencias (v. 15). Se trata de una amistad entre desiguales a los que el amor hace en cierto modo iguales. La iniciativa es de Jesús, su amistad es un don suyo: «No me habéis elegido vosotros, sino que yo os he elegido y os he puesto para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca» (15,16). El «dar fruto» nos remite de nuevo a la alegoría de la vid (15,2.4.5.8) y manifiesta su significado profundo: los sarmientos de Jesús dan como fruto el amor al prójimo⁴⁵.

Notemos por último algo que se percibe en las dos formulaciones de este mandamiento (Jn 13 y Jn 15). El *agápē* de Jesús no es sólo el modelo externo, sino su principio interno: los discípulos están llamados a amar «como» Jesús los ha amado, pero sobre todo «porque» Jesús los ha amado —y en él los ha amado el eterno Padre—⁴⁶.

Nosotros preferimos traducir así este texto: «Con el amor con que yo os he amado, amaos también los unos a los otros», versión que corresponde lo más exactamente posible al sentido de la frase. El amor del Hijo a sus discípulos engendra en ellos un movimiento de caridad; su amor pasa a ellos, cuando aman a sus hermanos y son amados por ellos. En los capítulos 15 y 17, el amor de Jesús que se difunde en los creyentes resulta ser el amor mismo del Padre⁴⁷.

6. CONCLUSIÓN: EL EVANGELIO DEL AGÁPĒ

Nuestro recorrido por el 4º Evangelio nos ha permitido comprobar el relieve que cobra en él la caridad. Y es que, como hemos afirmado desde el prin-

45. «Así pues: el Padre ama al Hijo, el Hijo ama a los suyos, los discípulos se aman entre sí. El amor es la raíz, el tronco y el fruto de esta cepa que hunde sus raíces en la eternidad y extiende sus ramas por el mundo entero... ¿Cómo, pues, el *agape* no habría de ser el único precepto que el Señor dejase a quienes creen en Él?»: C. SPICQ, *Agape*, 1078. Cfr. H. SCHLIER, *Bruderliebe*, 241-242.

46. «L'amour du Père pour le Christ est un amour que *se communique* au Christ; le Père aime le Christ en tant précisément qu'il lui communique son propre amour. (...) Or le Christ déclare que pareillement demeure dans son amour celui-là seul qui observe ses commandements, c'est-à-dire qui vit de cet amour que le Christ, en l'aimant, lui communique»: S. LYONNET, *Amour*, 7.

47. X. LÉON-DUFOUR, «Lectura del Evangelio de Juan III», *BEB* 70, Salamanca 1998, 71. «El amor puede ser “mandado” porque antes es dado»: *Deus caritas est* § 14.

cipio, está en su mismo centro. El objetivo del evangelista es que «creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios» y que «creyendo tengáis vida en su nombre» (20,31); se hace eco así de la causa última del envío del Hijo: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (10,10). Juan escribe, por tanto, para que los lectores (de ayer y de hoy) tengamos vida. Pero esta vida hace referencia necesaria al amor. El don de la vida responde a la iniciativa de amor del Padre (3,16) y se manifiesta en el amor del discípulo: «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos» (1 Jn 3,14). De manera que Juan escribe para que conozcamos el amor de Jesús y permanezcamos en él (cfr. Jn 15,9-10): sólo así tendremos vida. Ya hemos indicado que el amor de Jesús hacia sus discípulos es el modelo (externo) y sobre todo el origen (interno) de su amor mutuo. La narración evangélica —obra del discípulo amado— representa por tanto una eficaz instrucción sobre el amor; no sólo por su insistente enseñanza acerca de la caridad, sino porque en sí misma constituye una descripción dramática en clave de *agápē* de la vida, muerte y resurrección de Aquel que «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1).

Luis SÁNCHEZ NAVARRO
Facultad de Teología «San Dámaso»
MADRID